

EL ADIÓS DE SEVILLA A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ¹

Por *ROGELIO REYES CANO*

La mañana del 5 de junio de 1958 era la mañana del Corpus y Sevilla recibió a Juan Ramón y a Zenobia entre olores a campo y claridades de plata antigua, versión urbana de aquel otro Corpus moguerense de *Platero y yo*, sonoro del “latín andaluz de los salmos”, con la custodia “ornada de espigas granadas y de esmeraldinas uvas agraces su calada platería, despaciosa en su nube celeste de incienso”. Guardo muy vivas en mi memoria las atropelladas emociones de aquellos momentos, preludio de un verano que yo pasaría en la Universidad de Santa María de la Rábida, tan cerca de la tierra que daría paz definitiva a los huesos del poeta. Estudiaba yo entonces los Comunes de Filosofía y Letras, y la muerte de Juan Ramón, no por esperada menos triste, fue recibida con unción entre los profesores y alumnos de aquella modestísima Facultad que no sobrepasaba los dos pequeños patios laterales de la Fábrica de Tabacos con su frescor de plantas y su rumor de fuentes. Y aunque la prensa sevillana del día anterior ya lo había anunciado, fue mi querido maestro Francisco López Estrada, catedrático de Literatura y entonces decano de la Facultad, quien nos confirmó en clase la noticia y nos animó a acompañar al poeta muerto: “Mañana su cuerpo será expuesto aquí

1 Extracto de mi trabajo “Sevilla: el adiós de la ciudad de la poesía”, en Ángel M. Aguirre, Rocío Fernández Berrocal, Rogelio Reyes Cano y Rosario F. Cartes, *Escalas del regreso. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, 1958*, Sevilla, Ateneo de Sevilla y Fundación Cajal, 2009, pp. 69-89. En esta ocasión prescindiendo de las notas a pie de página.

en Sevilla antes de continuar hacia Moguer. Si ustedes quieren, podrán darle su adiós en la iglesia de nuestra Universidad, en la calle Laraña”.

Y hacia allá me encaminé al día siguiente, lleno de emoción y también de curiosidad, para rendir mi homenaje particular a quien tantas veces me había hecho gozar con su lectura en esos años juveniles de sueños y de poesía en que el exquisito lirismo de la prosa de *Platero* y los lánguidos versos de los primeros libros simbolistas (*Arias tristes*, *Jardines lejanos...*) alimentaron de candorosas emociones las largas tardes de mis estíos adolescentes. El cuerpo de Juan Ramón estaba allí, junto al de Zenobia, bajo el Cristo de la Buena Muerte, expuesto a la contemplación del pueblo de Sevilla bajo las altas bóvedas de la antigua iglesia jesuítica en cuya cripta, sólo unos pocos metros más abajo, reposaban los restos de Gustavo Adolfo Bécquer, auténtico maestro y canon lírico del moguereno, quien lo había definido certeramente como el primer simbolista de la poesía española. En ese mismo lugar un Luis Cernuda todavía casi adolescente, estudiante de Derecho y alumno de Pedro Salinas, sintió en los años veinte la íntima vibración emocional de estar pisando el territorio sacro de la poesía:

“Años más tarde, capaz ya claramente, para su desdicha, de admiración, de amor y de poesía, entró muchas veces Albanio en la capilla de la universidad, parándose en un rincón, donde bajo doncel de piedra un ángel sostiene en su mano un libro mientras lleva la otra a los labios, alzado un dedo, imponiendo silencio.

Aunque sabía que Bécquer no estaba allí, sino abajo, en la cripta de la capilla, solo, tal siempre se hallan los vivos y los muertos, durante largo rato contemplaba Albanio aquella imagen, como si no bastándole su elocuencia silenciosa necesitara escuchar, desvelado en sonido, el mensaje de aquellos labios de piedra” (*Ocnos*, “El poeta”).

Mucho antes de que Cernuda descubriera el mensaje espiritual de Bécquer, Juan Ramón había detectado el aliento del autor de las *Rimas* por entre las huidizas esquinas de “la ciudad de nácar y espuma” a la que su cuerpo, ya dormido para siempre, estaba dando su adiós en aquel Corpus de 1958 al lado mismo del rincón de Albanio:

“Hay por Sevilla como un jirón de niebla que el sol más claro no acierta a disipar. Se va de un lado a otro pero nunca se quita, algo así como esas estrellas que ven ante sí los ojos confusos. Es Bécquer. ¿Es Bécquer? ¡Es Bécquer! ¡Bécquer, Bécquer! que cruza en la luna verde... Era Bécquer...” (“Bécquer”, *Sevilla*, X)

En Madrid, después de una detención en la Plaza de Neptuno, la comitiva fúnebre con los cuerpos de Juan Ramón y Zenobia se había puesto en marcha camino de Sevilla a las 7 de la tarde del día 4 de junio. Tras el furgón que traía los dos féretros, un autobús fletado por las autoridades con los poetas que quisieron viajar a Moguer y varios coches particulares ocupados por familiares y amigos. De ese largo desplazamiento nocturno, alterados los rostros de los acompañantes por el cansancio y la tristeza, nos dejaron emocionados testimonios la escritora Carmen Conde y su marido el profesor Antonio Oliver, que acompañaron al cortejo hasta su destino final: “Viaje sin reposo, apenas el imprescindible para beber agua y ver amanecer en Córdoba; viaje en la noche a través de las provincias dormidas, de los montes de Sierra Morena, hasta Sevilla”; “desde Madrid, la furgoneta que conducía los féretros y tras la cual marchamos seiscientos veinticinco kilómetros agotadores de tensión emotiva muchos admiradores y devotos, nos recordó el entierro a través de los caminos de Andalucía, y de Castilla, de otro poeta máximo y delirante, del místico elevado a la santidad, que se llamó y se llama San Juan de la Cruz”. En las últimas horas de esa mañana del Corpus, concluidas ya las honras fúnebres en la iglesia universitaria sevillana, “cegaba un sol abrasador, pero ninguno retrocedía en busca de los frescos zaguanes llenos de macetas”.

Eran las primeras horas del día 5 cuando los dos féretros fueron solemnemente recibidos por las autoridades universitarias en la iglesia de aquella misma Universidad en la que el poeta, muchos años atrás -entre 1896 y 1900- había cursado como alumno libre, sin ningún entusiasmo ni mucho provecho académico, algunas asignaturas del curso Preparatorio de la carrera de Derecho que entonces se impartían en la Facultad de Filosofía y Letras. Juan Ramón abandonaría muy pronto ese propósito inicial de ser abogado,

elegido más por contentar a su familia que por inclinación propia, para entregarse de lleno a una vocación literaria irreductible y en particular a su pasión por la *poesía*, un quehacer superior en su estimación a la *literatura* e incluso a la misma *pintura*, otra de las inclinaciones infantiles que también terminaría arrinconando en aquellos años sevillanos en beneficio de la pulsión lírica. Que no parecía el moguereno - al que las fotografías de entonces nos lo presentan como un jovencito con aires de atildado “señorito” de provincias de levita, bombín y bastón- la persona indicada para someterse sin entusiasmo a la disciplina de los estudios universitarios. Ni tampoco, habida cuenta su visión espiritualista del arte, a soportar por mucho tiempo a esos pintores “coloristas y fandangueros” de las inmediaciones de la Casa de los Artistas de los que llegó a ser alumno y que pintaban “flamencas con un vaso de manzanilla en la mano, un abanico abierto sobre la barba y flores en el pelo negro”; al igual que ese otro que conoció en un estudio de la calle Gerona, “discípulo de Fortuny, que ponía un moro en cualquier parte y la fachada del Ayuntamiento de Granada en una huerta de Sevilla”.

Como él mismo reconoció, “aunque yo estaba en Sevilla para *pintar* y para *estudiar* Filosofía y Letras (*sic*), me pasaba el día y la noche escribiendo y leyendo en un pupitre del Ateneo sevillano, viendo desde él a Rodríguez Marín, Montoto y Raustentrauch, Velilla, etc., que estaban siempre discutiendo, y con la ilusión de ser, algún día, como ellos” (*El Modernismo*). No fue precisamente lo que se dice un alumno modélico, y no sabemos con certeza qué huella pudo dejar en él la vida universitaria, algo agitada entonces por la polémica sobre el krausismo. Pero en aquellos cuatro años del “fin de siglo” sevillano (1896-1900) tomó la que sin duda sería la más trascendental decisión de toda su vida: renunciar a su propósito inicial de ser pintor para hacerse poeta, elegir para siempre el camino de lo que él definiría más tarde como el verdadero “arte completo”. Un honor del que puede ufanarse con toda razón Sevilla, a la que el moguereno consideraba la capital española de la *poesía* y a la que quiso volver para vivir en ella ya en sus años finales en un proyectado viaje que se frustró por la muerte de Zenobia.

El viejo caserón universitario de la calle Laraña aún no había sufrido la desafortunada intervención de los años setenta que acabó

con su encanto. Por aquellos patios y galerías a los que ahora volvía de cuerpo presente, Juan Ramón se había encontrado, siendo todavía casi un niño, con el rigor y la prestancia académica de notables profesores como Joaquín Hazañas y la Rúa, que lo suspendió en Historia Crítica de España, o el krausista Federico de Castro, al que años más tarde, seducido ya el poeta por la hondura intelectual y la rectitud ética de Francisco Giner de los Ríos, evocaría con emoción desde Madrid:

“Decir krausista cuando yo estudiaba en la Universidad de Sevilla era como decir un loco, malo, algo torcido, extravagante.

Don Federico de Castro en una época en que yo no conocía aún a D.F. Giner, era como una anticipación suya, como un Bautista de Cristo” (*Sevilla*).

Y en otra ocasión:

“Lo vi sólo una vez. ¿Era en el aula última de la Universidad de Sevilla, entre patios y jardín, perdido en el sol de la acera de verano, por el callejón de la Plata, la plaza de Villasís? Yo era un niño y recuerdo esto muy vagamente. Lo que me queda es la visión de una risa y una mirada envuelta en una barba y un bigote estoposos, amarillos, abundantes, y una estraña movilidad simiesca. Cuando examinaba se divertía con el alumno, le tiraba bolitas de papel, le hacía jugarretas... Algo había en él que luego encontré en don Francisco Giner, algo en la mirada, en la sonrisa, en la movilidad, pero Castro era más bíblico, más pastoril, y don Francisco más nuevo, más mundano” (*Espanoles de tres mundos*).

Pero volvamos a la Sevilla del 5 de junio de 1958. Desde días atrás, y en medio de otras muchas noticias de actualidad (los problemas de la Francia de De Gaulle en Argelia, el Giro de Italia, la subida del Betis de Villamarín a Primera, los preparativos para la fiesta del Corpus...) la prensa local -entonces reducida a los periódicos *ABC* y *El Correo de Andalucía*, matinales, el *Sevilla*, que salía

por la tarde, y la *Hoja del Lunes*- venía ya dando cuenta de su grave enfermedad final (“bronconeumonía aguda”, según las agencias que informaban desde Puerto Rico), de su muerte ocurrida el 29 de mayo, y de su inmediato traslado a España. Con encomiable diligencia, el lunes día 2 se rindió un homenaje al poeta en el Club la Rábida publicado luego por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. En él intervinieron escritores, poetas y profesores universitarios. Fue éste -se dice en el folleto impreso- como “una espontánea velada -casi en camino sus restos en la compañía inalterada de Zenobia”.

Su publicación varios meses después nos permite disfrutar hoy de un documento literario de gran valor emotivo que refleja el común sentimiento de pesar que entre los escritores sevillanos del momento -unos ya muy consagrados y otros todavía muy en ciernes- supuso la desaparición del poeta. El profesor Sánchez Pedrote abrió el homenaje con un texto (“En la paz de Fuentepiña”) escrito todavía en vida de Juan Ramón y en el que hablaba de la visita anual que los alumnos de la Universidad de Santa María de La Rábida hacían a su casa de campo de Moguer. Seguía María de los Reyes Fuentes con un “*Requiem* por el “Andaluz Universal”; “A J.R.J.”, un poema de Julia Uceda fechado en marzo de 1958, expresaba un insistente desconsuelo interior, mientras Esperanza Pérez Hick, entonces joven universitaria, evocaba en verso al poeta (“En una noche cualquiera, cuando Juan Ramón ya estaba muerto”, fechado el mismo día de la lectura) mientras “arriba, todavía muy cerca/, quizá siga Dios bañándose en su azul/ de luceros”. Seguía Aquilino Duque con un romance (“Sevilla, 1898”) desde el que rememoraba los años adolescentes de Juan Ramón en aquella ciudad del “fin de siglo”, y tres sonetos de Manuel García Viñó (“Semilla”, “Amor” y “Playa de Huelva”) inspirados en otros tantos versos del moguerense. Y otro más de Manuel Mantero con un extenso título: “De Juan Ramón a la musa triste del diecinueve, de ella enamorado redondamente y alegremente”. Y unas palabras de Ángel Medina de Lemus, en las que, remedando a Bécquer, definía al poeta como “huésped de la luz”. Otro joven escritor sevillano -Joaquín Albalade Lafita- en una “Carta [en verso] desde España a Juan Ramón Jiménez” aseguraba su permanencia espiritual más allá de la muerte: “Pero estás con nosotros, / inmaculadamente, en el continuo repetir de cada día, / como la estrella al norte hacia lo puro”. López Estrada escribía su “Juan

Ramón, muerto”, que ya había salido en *El Correo de Andalucía* del 3 de junio, y Romero Murube “Solamente poesía”, donde afirmaba con agudeza que, contrariamente a lo que sucede con Unamuno y Antonio Machado, que extravasan sus mensajes al campo filosófico e incluso político, “con Juan Ramón no cabe hablar más que de un fenómeno poético, que no nos dice nada o nos transverbera”; ahí residía, en su opinión, la clave de la mayor popularidad de aquéllos y de los escasos lectores de éste. Cierra el homenaje Rafael Laffón con dos exquisitos poemas (“Luto de malvas” y “Desnudo de cielo”) bajo el enunciado general de *Fábula del recuerdo*, de diferente estilo pero idéntica intención laudatoria a los dos textos (*Evasión y gloria de J.R.J.*) que años después dedicaría a Juan Ramón en su libro *A dos aguas*.(1962).

El 30 de mayo, un día después de la muerte y en medio de abundante información biográfica, el diario *Sevilla* había ofrecido en primera página un emotivo artículo de Joaquín Romero Murube sobre “Juan Ramón Jiménez en Sevilla”, evocando lances y anécdotas del poeta en nuestra ciudad, entre ellos su conocida reacción ante la Giralda contemplada desde la calle Mateos Gago: “Miradla. No tiene más que carne rosa”; otro artículo de Celestino Fernández Ortiz, entonces director del periódico, muy admirativo de la obra del moguerense; un tercero del redactor y poeta Fausto Botello, con muchos elogios a Zenobia, y finalmente una extensa información sin firma bajo el título de “Juan Ramón Jiménez, viejo y niño siempre”. Todos ellos en la página 4 del diario, que estaba dedicada en su integridad al poeta, un despliegue -dicho sea en honor de este vespertino- superior al de cualquier otro medio de comunicación de la Sevilla de esos días. Por su parte, el día 3 de junio *El Correo de Andalucía* dio en su segunda página un exquisito texto (“Juan Ramón, muerto”) de Francisco López Estrada, a la sazón decano de la Facultad de Filosofía y Letras, “como la confusa respuesta al primer golpe de la noticia que nos vino de San Juan de Puerto Rico”. En él describía a un Juan Ramón “contemplador del Universo y escudriñador de su hermosura latente” y a su obra, - inseparable de su vida - una “porfía por hacer transparente el misterio verbal”.

Se aproximaba el día de la llegada, que tuvo lugar el jueves 5 por la mañana, cuando la procesión del Corpus acababa de pasar por el centro de la ciudad. De la recepción del furgón que traía los

cuerpos y del oficio religioso que se celebró a continuación *ABC* informó el día 6 con bastante relieve: a toda página y con destacados caracteres en negritas, con una hermosa crónica (“El logro del ansiado reencuentro”) de los actos de la tarde en Moguer dictada desde allí por teléfono por su enviado especial Francisco L. Otero, un excelente periodista que sabía improvisar con auténtico garbo literario. Eran las once y media de la mañana. Se había corrido la voz entre los sevillanos y -relata el mismo periódico- “en la calle de Laraña frente al antiguo edificio de la Universidad se congregaron numerosas personas para presenciar la llegada del coche fúnebre, del que fueron bajados los féretros y, a hombros de relevantes figuras de la vida cultural sevillana, conducidos al interior de la iglesia, donde se instaló la capilla ardiente ante la imagen del Cristo de la Buena Muerte”.

El homenaje fúnebre que se les tributó a continuación tuvo un carácter estrictamente cultural y universitario, con escasa participación del mundo oficial y político de Sevilla. Así puede deducirse de esa misma página de *ABC*, que entre los asistentes al responso que a continuación ofició el capellán de la Universidad y cantó la Escolanía de Nuestra Señora de los Reyes sólo menciona a las autoridades académicas (el rector Hernández Díaz y los decanos de Derecho y Filosofía y Letras, señores Gutiérrez-Alviz y López Estrada, respectivamente), al alcalde de Moguer Juan Gorostidi y a “destacadas personalidades de las Letras y las Artes hispalenses”. Por otro artículo de F. López Estrada publicado pocos días después en la revista *Ínsula* sabemos que entre estas últimas había personajes tan destacados del mundo cultural de la Sevilla de entonces como “Alfonso de Cossío, presidente del Ateneo, Calderón Quijano, director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Pedro Castro, Juan de Mata Carriazo, Lojendio, Sánchez Pedrote. Y también escritores y poetas, Laffón, Romero Murube, Juan Sierra, Aquilino Duque, Mantero, García Viñó, Carlos García Fernández, Florencio Quintero, y muchos más”. Es decir, básicamente el mundo de la Universidad y el mundo de la creación literaria. No olvidemos que por aquellos años Huelva, y por consiguiente Moguer, pertenecían todavía al distrito universitario de Sevilla, que asumió la responsabilidad del homenaje a través de su rector Hernández Díaz.

En ninguna reseña del acto se habla ni del gobernador ni del alcalde, máximas autoridades civiles, que tal vez pudieran estar repre-

sentados por figuras de menos relieve público. Es posible que el hecho de haber coincidido con la festividad del Corpus Christi, que exigía la presencia en la procesión de las altas representaciones de la ciudad, motivase esa ausencia del mundo oficial, o tal vez pudiera tratarse de reservas de signo político. No hay que olvidar que a pesar del uso propagandístico que en las altas esferas del régimen de Franco se había hecho de la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón en 1956, al fin y al cabo se trataba del regreso, aunque fuese después de muerto, de un ilustre exponente del exilio republicano que nunca se determinó a volver en vida y que aún podía despertar algunos recelos entre los sectores más oficialistas. Por una u otra razón, lo cierto es que la escala en Sevilla de la comitiva tuvo más de reconocimiento académico y cultural que de acogida oficial propiamente dicha.

La liturgia ceremonial con que fueron recibidos los dos cuerpos fue, sin embargo, tal como recogió López Estrada, especialmente solemne:

“Al fondo de la nave, escalonados en las gradas del hermoso altar mayor, la Capilla Isidoriana del Arzobispado, vestidos sus cantores aún con las ropas solemnes de la procesión [del Corpus], entonaron el “Liberame”, de Casimiri, a cinco voces mixtas y acompañamiento del coro de 150 voces. Algo grandioso iba por el aire en el canto fúnebre, así alzado por esta fuerza de las voces humanas que dirigía con emocionada maestría el Padre don Ángel Urcelay. Un gran canto para un gran poeta. Al día siguiente nos decía Vázquez Díaz que esta entrada, vibrante el aire de voces acordadas, con los colores de las gradas del altar, y los ataúdes entre un mar de gente, fue uno de los momentos más impresionantes del cortejo de Juan Ramón por las tierras de España”.

Lo más emocionante, al decir del mismo testigo anterior, fue la calurosa respuesta del pueblo de Sevilla. Los organizadores del acto no la esperaban, e incluso temían encontrarse solos. Pero no fue así: la gente acudió en masa. Algo tendría que ver en ello el numeroso público que en aquellos momentos volvía de la procesión del Corpus y transitaba por los aledaños de la iglesia de la Anunciación. Lo cierto es que se desbordaron todas las expectativas:

“Y la gente, creciendo en número, nos apretaba contra las cajas, de modo que hubo que protegerlas con bancos y ordenar en lo que fue posible el desfile. Desde donde estaba, podía ver acercarse al muerto, en amontonamiento desgarrador a veces -como aquel fondo apretado de rostros que en algunos cuadros flamencos señala la curiosidad apasionada ante un hecho-, caras, pálidas unas por ser de gente de la ciudad, oscuras otras por el sol de todos los días; rostros de intelectual, otros de viejucas arrugadas por los años, venidas de la casa de vecinos, con el rostro cubierto por el negro velo; jóvenes y viejos, hombres, mujeres, y hasta niños; adolescentes que acaso habían leído hacía bien poco las poesías de Juan Ramón, y acusaban en la cara el golpe de la muerte, puede que contemplada por vez primera frente a frente en la cara del poeta; los seminaristas con su indumentaria de color, y tantos y tantos más, de toda clase y oficio [...] Juan Ramón fue aquellas tres horas un poeta del pueblo, y para mí lo seguirá siendo por encima de las clasificaciones literarias siempre que recuerde aquella confusión humana en torno del poeta y Zenobia muertos, sobre el suelo de la misma Iglesia en donde están enterrados gentiles caballeros del siglo XV -qué inesperada guardia póstuma la del Adelantado Pedro Enríquez de Ribera, Pedro Afán, Lorenzo Suárez de Figueroa...! . Humanistas y escritores, Arias Montano, Lista, Reinoso, Amador de los Ríos...Y Bécquer (ni una palabra más). Sólo tres horas duró esta reunión de escritores, poetas y hombres de armas, bajo el manto espiritual de la Universidad. Era el solemne valor de los muertos que allí se nos imponía a través de la emoción de aquel solemne canto triunfal del responso del Padre Urcelay y de aquel homenaje inesperado, confuso, asombroso, como un estallido de pasión”.

También yo fui modesto testigo de aquel homenaje colectivo a los dos cuerpos alineados bajo el Cristo de los Estudiantes. En efecto, una vez concluido el responso, se había destapado el ataúd del poeta, que estuvo expuesto a la contemplación pública hasta las dos y media de la tarde en que la comitiva se puso de nuevo en marcha camino de Moguer. Fueron éstos los momentos que mejor retengo en la memoria: una larga fila de personas que en medio de un gran silencio se iban

deteniendo con emoción ante el cadáver de Juan Ramón perfectamente visible y cercano. Recuerdo muy bien que, al llegar ante él, se dispó en mí cualquier impresión fúnebre. Contra lo que yo esperaba momentos antes, todavía sobrecogido por la elevación de los cánticos y el rigor del luto, no fue precisamente tristeza sino calma lo que me transmitió aquel rostro en los escasos segundos en que pude mirarlo cara a cara; una tibia sensación de paz que no he olvidado nunca y que vuelve a mí cada vez que intento recrear aquella imagen. Más que muerto, parecía dormido, tiernamente sonrosado bajo el cristal del féretro, tranquilo, muy lejos de la negra imagen de la muerte sugerida por la aparatosa escenografía que envolvía aquella última despedida entre cirios, paños negros y solemnes latines de responso. Al verlo a él sereno, apacible, ajeno a toda aquella parafernalia de los vivos, descubrí por vez primera en mi vida que la muerte podía tener también una cara amable y que la paz que aquel rostro dejaba traslucir no era sino la imagen de la plenitud final que Juan Ramón había perseguido afanosamente con su incesante nombrar poético en el curso de toda su existencia. Rendido al fin su viaje de “desterrado verdadero” de “tres mundos” y su impenitente discurrir por la Poesía con mayúsculas (“Amor y poesía cada día”), cumplida ya su “obra en marcha”, razón de su vida, había alcanzado al fin su deseada totalidad. Se había parado para siempre su peregrinar por aquella órbita de la sabiduría de Goethe (“Como el astro, sin precipitación y sin descanso”) por la que había transitado sin desmayo a lo largo de más de setenta años. Se dormía definitivamente el poeta pero permanecía su universal legado en una sucesión de palabras eternas al fin cerrada por imperativos del tiempo histórico, lo único capaz de poner coto a su compulsión creadora y recreadora. Como es natural, en aquellos instantes en que fijé en él mi emocionada mirada de adolescente yo no pude darme cuenta cabal de hasta qué punto y de qué manera esa visión del Juan Ramón “dormido” iba a marcar en el futuro mi pasión por su obra. Hoy, cincuenta años después, me considero afortunado por haber sido testigo de aquellos lances y haber vivido un misterioso diálogo sin palabras entre el poeta y aquel joven aspirante a filólogo que era yo entonces y que guarda en su corazón como un tesoro esa irrepetible emoción primera. Un diálogo que no ha cesado desde aquel momento y que se reitera, lúcido, en cada poema suyo que releo, en cada clase en que lo nombro, en cada escrito en que lo evoco.

Lentamente el pueblo de Sevilla fue desfilando silencioso hasta las horas finales de aquella mañana del Corpus. En un momento, de entre la fila salió un hombre de avanzada edad que se dirigió vacilante hacia el féretro que guardaba los restos del poeta y depositó sobre él un ramo de flores amarillas. Su cara traslucía una emoción que fue captada por una fotografía que hoy conservamos en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Muchos años después supe que esa persona era Isaac del Vando, el extravagante, ingenioso poeta ultraísta fundador de la revista *Grecia* que, ya muy enfermo, se acercó a darle también su adiós. Fue la última vez que se le vio en público. En noviembre de 1963 fallecía casi en el olvido en su Sevilla natal el que había sido uno de los grandes impulsores de la literatura de vanguardia en la España de los años veinte. Aquel ramo de flores amarillas que portaba en sus manos era todo un testimonio de la admiración unánime que suscitaba entre los poetas españoles -fuera y dentro de las vanguardias- la portentosa, inalcanzable grandeza lírica de Juan Ramón.

Una vez más, fue el diario *Sevilla* el órgano de prensa que con más profusión se hizo eco de esos actos del día 5 de junio. Esa misma tarde, muy pocas horas después del oficio fúnebre en la Anunciación, salía, en efecto, a la calle con abundante información escrita y tres grandes fotografías: la del féretro abierto que dejaba ver el rostro del poeta; una segunda que captaba el traslado de los dos ataúdes del furgón a la iglesia a hombros de numerosas personas y precedido de un sacerdote; y una tercera que mostraba ambos féretros -el de Juan Ramón abierto y el de Zenobia cerrado- a los pies del Cristo de la Buena Muerte. Atención gráfica que contrasta con la ausencia de fotografías tanto en el *ABC* como en *El Correo de Andalucía* del día 6.

La resonancia de esa última escala de Juan Ramón y Zenobia en Sevilla se dejó sentir durante algún tiempo en los círculos culturales de la ciudad. El 11 de junio María de los Reyes Fuentes publicó en *ABC* "Otro *requiem* por el Andaluz Universal", versión abreviada de su "*Requiem* urgente por el Andaluz Universal" que salió algo más tarde en el ya citado homenaje del Club La Rábida. Un bello artículo de aires líricos en el que la escritora resaltaba el sentido de la muerte del poeta, la grandeza de su inspiración, la misión angustiosa de Zenobia y el "sevillanismo" de quien hizo de esta ciudad un paradigma de la poesía:

“Cuando venimos los de Sevilla a dar nuestro recuerdo mayor por el “andaluz universal”, tenemos más justamente intensa la emoción, porque si es verdad que Juan Ramón Jiménez nació en Moguer y que natural y políticamente está comprendido en la provincia de Huelva, es muy cierto también que Sevilla estaba en su admiración y en su sentimiento, apasionadamente, y la tendrá en sus citas, en sus exaltaciones, recordándola como a novia amadísima, y querrá y proclamará que se la defina “capital de la poesía”.

Poco después el profesor López Estrada, en el ya citado artículo de *Ínsula*, nos dejaba el más cabal testimonio de aquel último adiós a la ciudad que vio crecer su apasionada vocación lírica de adolescente.

En verdad ese último adiós fue doble: de Sevilla a Juan Ramón y de Juan Ramón a Sevilla, dos despedidas suscitadas por una larga serie de compartidas afinidades que en el curso del tiempo no habían hecho más que crecer con renovadas fuerzas. Si la Sevilla decimonónica había hecho descubrir al poeta la voz única e inmarchitable de Bécquer, y con ella la senda de la lírica moderna, aquél le había devuelto el favor con muchos textos dedicados a la ciudad, testigos de una pasión que cristalizó en un libro que lleva su nombre -*Sevilla*-, ramillete de depuradísimas prosas líricas que nunca llegó a publicar pero que hemos podido reconstruir buceando en la intrincada selva de sus manuscritos. La obra es un destilado de sucesivas experiencias vividas por él en esta ciudad que llevó en su corazón hasta el final, superpuestas en su conciencia en el curso de los años y recreadas desde la distancia madrileña en un tono de amorosa exaltación magistralmente embridada por una asombrosa desnudez expresiva: la buscada “pureza” en la que se afaná siempre; la sutil, sólo aparente levedad de un lenguaje que trasmite las verdades más profundas en un milagro de depuración formal. Y Sevilla, por lo que para él tenía de paradigma estético y de arquetipo de la excelencia poética, fue ciertamente una de esas verdades. No sabemos por qué, ese libro, como tantos otros de sus proyectos editoriales, no llegó nunca a ver la luz en vida del poeta, pero sus manuscritos son testigos, en su estilizada perfección, de la honda sintonía estética y espiritual que desde el primer momento se tejió entre él y la “capital española de la poesía”.

Cuando, vencida ya la mañana, el furgón tomó la carretera de Huelva camino del acogedor regazo de Moguer, el viejo “nido limpio y cálido” de la infancia, y Sevilla se fue quedando atrás, sabíamos que ya no sería posible volver a oír nunca más de labios de Juan Ramón la pasión con la que siempre había hablado y escrito de esta ensoñada ciudad de juventud en la que por vez primera en su vida se había sentido de verdad poeta. En el cruce de la iglesia de la Universidad, entonces flanqueado por los elegantes sepulcros italianos de la familia Ribera, bajo la inmensa cúpula, su presencia comenzó a no ser más que un recuerdo en cuantos tuvimos la suerte de vivir la penúltima escala de su largo viaje desde Puerto Rico a “la luz con el tiempo dentro” del paraíso definitivo. Un recuerdo que sin embargo se aviva más y más en mi conciencia y en mi corazón con el pasar del tiempo.